

Alábase entre ellos uno bastante comedido, intruso y vivaracho, el cual cuando supo de lo que se trataba, y sin que yo se lo mandase, comenzó á designarme los mas sábios de sus condiscípulos para que fuesen examinados. Con su auxilio pude examinar una docena de ellos, y ví con sumo placer que yo que no sabia nada tenia mucho que enseñarles.

Semejante descubrimiento aumentó mi orgullo y mi confianza. Me hallaba en la tierra de los ciegos, y por consiguiente yo podia ser rey: la mesa era mi trono; los discípulos rodeados de ella debian ser mis ministros; el resto de la escuela mis vasallos, y en cuanto al oficioso jóven que me habia ayudado, ese iba á ser. . . . ¡Hola! ¿se me olvidaba examinar á este arrapiezo!

—A ver, ¿V. qué es lo que sabe?

—Yo, señor, como el señor mi padre me ha tenido en la escuela del distrito, y hasta hace pocos dias que vine á aquí. . . .

—Yo no le pregunto á V. su vida, sino lo que sabe. Vamos, coja ese libro y lea; y tenga entendido que el que mucho habla, mucho yerra, y que yo á los habladores les saco la lengua con las tenazas!

El muchacho leyó, y desde luego conocí que en mi reinado podia ser el primer ministro. ¡Leía casi mejor que yo!

—¡Bien! aun falta algun ejercicio; pero ya veremos. Ahora tome una pluma y escriba. . . .

¡Diablo! ¡el primer ministro era un rival temible, capaz de destruirme! Yo hubiera dado mil veces mi forma por la suya.

—¡Hum! esa letra tiene sobrada inclinacion. Torío marca cinco grados, y V. le dá el doble cuando menos. . . . En fin, ya corregiremos eso poco á poco. Y de cuentas ¿qué tal estamos?

—Echeme V. una, señor.

—¡Hola! esa es mucha seguridad! A ver, vaya poniendo en la pizarra. . . .—¿Sabe la cuarterola?

—Si señor.

—¡Bien! vamos á verlo.

El muchacho resolvió la operacion en dos por tres; me la presentó sonriéndose, y ví por resultado de la operacion que no tenia nada que enseñarle á semejante diablillo. Sin duda no pude reprimir mi asombro, porque los demas alumnos miraban de hito en hito, ya al discípulo, ya al maestro. Yo estaba confuso y avergonzado, y sin embargo, quise sostener mi reputacion.

—Esa cuenta está así, así; mas es nada en comparacion de lo que tenemos aun que saber.

—¿Quiere V. que saque esta misma cuenta por decimales?

—¡Eh! ¿qué es eso? ¿Quién es el bárbaro que le ha enseñado semejantes vejstorios?

—¡Las decimales, señor! exclamó el muchacho abriendo tamaños ojos.

—Si señor, las decimales. ¿No sabe que el buen criterio las ha desterrado de la aritmética, hace muchos siglos, y todo ello por inútiles?

—¡Si mi aritmética las tiene! Veala V.

—Pues será la aritmética en que estudió Moisés.

—No señor, si está nuevécita! Tambien tiene las partes alicuotadas. . . . ¿Quiere V. que la saque por ese método?

La seguridad con que hablaba el calculador me iba infundiendo serios temores, y mi saber comenzaba á vacilar. ¡Qué se me pudra la lengua si de aritmética sabia yo mas allá de los enteros y la cuarterola, que podia llamar mi *¡caballo de batalla!*

Sin saber lo que decia comencé á deletrear el nombre que habia oido por la primera vez en boca de mi erudito alumno:

—¡Partes a. . . . lí. . . . cuo. . . . tas. . . .!

—Mire V., aquí están.

—Sí. . . . ya lo sé. . . . Pero deje V. el libro.—¡Por partes alicuotadas! Eso es, sí. . . . Veamos, sáquela V. por ese método.

El muchacho comenzó á sacar la cuenta, en tanto que yo enjugaba el sudor copiosísimo que brotaba de mi frente. ¡Las partes alicuotas! ¡Demonio! En mi vida habia oido mentar á esas señoras. ¡Mire V. no mas! ¿Y qué andarán haciendo entre los números. . . .? ¡Malditas marimachos!

—Aquí está ya, Señor Maestro, vea V. como está igual.

—Sí, sin duda. . . . El resultado es el mismo.

¡Yo estaba confundido, anonadado! Aquella escena iba á saberse en el pueblo, y ¡dios de mi opinion de sabio! Probablemente el diablo seria entonces quien le haria la droga al pedagogo. Mi discípulo acabó de confundirme, diciéndome:

—Ve V. como lo engañaba, señor.

—Sí. . . . ya lo veo.

—Pues lo mismo se saca por decimales. ¿Quiere V. que la saque?

—¡Bien! pero que sea pronto, porque van á dar las doce.

—No señor, todavía tenemos lugar. En este tiempo cuando el sol dá allí en la orilla de la puerta apenas son las diez y media.

—¡Barrabás cargue con tu charla!

Yo estaba derrotado, é iba á recibir el último golpe que debia haberme morir de vergüenza. Los condiscípulos de mi antagonista no quitaban de él los ojos, sino era para colocarlos sobre mi estúpida catadura, mirándome con el mayor asombro. El alumno hacia números con todo garbo y desembarazo, mientras que por mi parte atormentaba yo á mi mollera, exigiéndole algun medio para salir airoso de semejante aprieto. El tiempo volaba; los números brotaban instantá-

neamente del pizarrin de mi discípulo; quizá dentro de un minuto sería ya tarde, y si antes mi incapacidad no me sugería algún ardid para salvarme, desde luego con el último guarismo del problema quedaba espedido mi pasaporte para entrar libremente á la caballeriza.

De improviso mi angustia creció de todo punto. El calculador tiró una línea debajo de las columnas numéricas que habían resultado de la operación, y á medida que las iba sumando, iban también apareciendo las mismas onzas, libras, y arrobas que habían resultado en los dos cálculos anteriores. Aquella horrible conformidad de guarismos me indicaba que la operación iba á concluirse. Mi verdugo seguía adicionando cifras. . . . ¡Y qué cifras! ¡Nada menos que las de la última columna! El pizarrin bajaba rápidamente hácia el último guarismo, y parecíame ver, (aunque jamás lo he visto) que iba descendiendo sobre mi cuello el triángulo fatal de la sangrienta guillotina.

¡Yo estaba muerto!

Mas, ¡oh y qué bien dijo Florentino Sanz, cuando dijo:

*Non sabibit abogatus  
Nunquam quod ambrientum sibi,  
Quia discurrit que rabiát  
Intellectus apretatus!*

Yo no tenía hambre ciertamente; pero lo mismo que si la hubiera tenido y quisiera aplacarla con perones, eché mano al bolsillo derecho de mi chaleco; saqué medio real; en seguida me arrojé sobre mi discípulo, le oprimí entre mis brazos, estrechándole fuertemente sobre mi corazón; le acaricié, le cubrí de elogios, le hice, en fin, dos mil arrumacos, y dándole luego la única moneda que vivía solitaria en las profundidades vírgenes del bolsillo de mi chaleco, le dije, con el entusiasmo mas bien representado que hasta entonces se había visto en el inmenso teatro de este mundo:

—Tome V., tome V. hijo mio, en digno premio de su talento y aplicación. ¡Ah! ¡no sabe V. cuanto es mi gozo al verle tan instruido, y al ver igualmente la firmeza con que sostiene sus doctrinas! Esa conducta es muy loable. Por mas que hice no pude desorientar á V. con sofismas y embelecos, y esto me hace augurarle que si continua como hasta aquí, bajo mi dirección, é iluminado por mis fecundas luces, llegará á ser una de las antorchas que mas han replandecido bajo el magnífico, nobilísimo y esplendente cielo de la república de las letras.

El inocente niño me abrazó casi llorando de ternura; sus compañeros siguieron el mismo ejemplo, y yo dejé asegurada mi reputación de sábio, de bondadoso, y de orador tan hábil como Demóstenes, Cicerón y Mirabeau. . . .!

Por lo visto se conoce desde luego, que yo comenzaba á ejercer el noble magisterio de primeras letras con toda *felicidad*. . . . ¡Ni duda! esta es la palabra que denota exactamente el estado en que me encontraba despues de la disputa tenida con mi discípulo. Quizá algún otro calificará el episodio anterior como una *desdicha*; tal vez lo llamará una desgracia horrenda. . . . ¡cádo uno es muy dueño de entender las cosas al revés! empero esto no quita que el tal diga un insigne desatino, y solo podrá disculpársele si no ha sido *maestro de escuela, ó escuelero*. En cuanto á mí, poco antes tan angustiado, podían dárseme los parabienes cinco minutos despues de haber vencido gloriosamente al consabido alumno. La cosa no era para menos, y he aquí por qué razones.

Yo estaba examinado, aprobado, y declarado un famoso maestro de escuela; pero (siguiendo mi comparación de marras), también se examina, se aprueba y se tiene por magnífico á un melon, que no por eso deja de ser una insigne *calabaza*. Por consiguiente, y segun habrá observado el que lea estas confesiones, la escuela no tenía maestro, pequeña circunstancia que nadie había echado de ver, supuesto que ni los mismos sinodales la habían visto. Ciertamente es que mi discípulo con sus menguadas partes alícuotas y decimales, iba á tener la dicha de hacer semejante descubrimiento, mas ya se sabe de qué manera le arrebaté tan codiciada gloria. De aquí resultó que solo yo con mi excelente lógica y esquisita perspicacia, había notado aquella falta, desde antes de examinarme y despues de examinado; y aunque es verdad que por algunas horas embriagó mi cabeza el humo de la lisonja y los aplausos, al fin vino á disiparse muy en breve, y entonces saqué en limpio el siguiente axioma:—Se necesitaba un preceptor que enseñara algo á los discípulos; que ganase los siete pesos semanarios, y que contuviese los desmanes de los chicos.

De estas tres cosas yo me conocía muy capaz para desempeñar las dos últimas; pero en cuanto á la primera, mi maldita modestia me hacía desconfiar de mis fuerzas, y echaba en mi corazón (hablando metafóricamente), sendos puñados de temor y desconfianza. Pues ahora bien: ¡cuánto no sería mi gozo al encontrar en mi discípulo la persona de que tanto necesitaban los alumnos, mi modestia y mis escrúpulos!

No hubo remedio: resolvíme á desempeñar mi nueva profesión en dos terceras partes, declarando á mi aventajado discípulo *maestro de su maestro*, y por consiguiente de todos mis alumnos *ad honorem*.

Con arreglo tan sabio no podía ser yo mas feliz, pues mis obligaciones quedaban reducidas á las que desempeñan en este mundo dos clases de individuos. De aquí es que por una parte yo tenía que recibir mis honorarios sin mas trabajo que contar y examinar la buena ley de los pesos; y por otra, quedaba convertido en aquel respetabilísimo